

## **Construcciones de la memoria: la batalla de Nájera en las crónicas de la época**

En la batalla de Nájera se enfrentaron, el 3 de abril del año 1367, las tropas del Príncipe de Gales, que defendía la causa de Pedro I de Castilla, con las de Enrique de Trastámara, medio hermano del monarca castellano que se había proclamado rey en 1366. La contienda tuvo lugar junto al río Najerilla, entre las localidades de Nájera y Navarrete<sup>1</sup>. El primer ejército estaba compuesto fundamentalmente por ingleses, castellanos, mallorquines y navarros; el segundo, por castellanos, aragoneses y franceses. Vencieron las tropas lideradas por el inglés, superiores en número y mejor organizadas. Ello constituyó una importante victoria tanto desde el punto de vista militar como desde el logístico, pues puede decirse que la mayor hazaña del Príncipe fue conseguir que un ejército de ese tamaño atravesase los Pirineos, y sobre todo que lo hiciese en aquellas fechas del año. De ahí que la de Nájera sea considerada, junto a Poitiers y Crécy, una de las tres grandes victorias inglesas del siglo XIV; y, por ello, un episodio – si bien calificado de ‘ibérico’ o ‘hispano’ – de la Guerra de los Cien Años que enfrentaba a las coronas de Francia e Inglaterra<sup>2</sup>. Simultáneamente, Nájera supuso la huida precipitada de Enrique de Trastámara y el regreso al trono de Pedro I; esto es, un capítulo esencial en el desarrollo de la guerra civil castellana (1366-1371), resaltado por la espectacularidad del enfrentamiento, aunque también ensombrecido por la fugacidad de la victoria petrista<sup>3</sup>. Nos encontramos, por tanto, ante un escenario en el que se dio en su momento la intersección de dos contextos, y que en consecuencia puede ser abordado desde dos perspectivas diferentes. De hecho, al repasar los estudios que existen sobre Nájera se hace evidente que muchos historiadores, y de manera especial los anglosajones, engloban esta batalla dentro de lo que consideran un marco de mayores dimensiones tanto espaciales

<sup>1</sup> Aunque por norma general suele hablarse de ‘la batalla de Nájera’, algunos historiadores británicos se refieren a esta contienda como la ‘batalla de Navarrete’.

<sup>2</sup> Como tal es tratada en las biografías dedicadas al Príncipe de Gales. Véanse David Green, *Edward the Black Prince: Power in Medieval Europe*, Pearson Education, 2007, Henry Dwight Sedgwick, *The Life of Edward the Black Prince, 1330-1376: the Flower of Knighthood out of All the World*, New York, Barnes & Noble, 1993 (1ª ed. Indianapolis, The Bobbs-Merrill, 1932) y Micheline Dupuy, *El Príncipe Negro. Eduardo, señor de Aquitania*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973 (original francés: *Le Prince Noir: Edouard, seigneur d'Aquitania*, Paris, Perrin, 1970).

<sup>3</sup> En 1366 Enrique de Trastámara se proclamó rey, en 1369 mató a Pedro I y en 1371 consiguió derrotar al último núcleo de resistencia petrista, que se había mantenido dos años cercado en la fortaleza de Carmona. Véase Julio Valdeón Baroque, *Enrique II de Castilla: la guerra civil y la consolidación del régimen (1366-1371)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1966.

como cronológicas<sup>4</sup>; mientras otros, más centrados en el análisis de los acontecimientos políticos castellanos, entienden que en Nájera combatieron extranjeros, pero que la batalla en sí enfrentó a dos medio hermanos y se libró por el trono de Castilla<sup>5</sup>. Existe una lógica interna que de algún modo impulsa la coexistencia de estas dos ópticas: las dos perspectivas citadas ya estaban presentes en los escritos del período; y por ello lo han seguido estando en los estudios historiográficos posteriores.

No habiéndose realizado una excavación arqueológica del campo de batalla, el historiador que pretende emprender un estudio sobre Nájera se ve obligado a ceñirse a las fuentes escritas y, dentro de éstas, a las narraciones elaboradas *a posteriori*, redactadas para inmortalizar el evento y para divulgarlo a corto o largo plazo<sup>6</sup>. Una vez localizados y leídos los documentos del siglo XIV que relatan la batalla, se revela que los textos se agrupan en dos conjuntos claramente diferenciados en función de su origen, pues los de procedencia británica comparten tanto una perspectiva como unos contenidos que no se encuentran en el resto. Observadas como grupo, las fuentes narrativas británicas ofrecen más información sobre la contienda, y por ello suelen resultar mejores a la hora de analizar el choque de fuerzas; pero en ellas pueden constatarse ciertos errores en relación con los asuntos castellanos que indican que sus autores no conocían bien la situación política que acompañó a la guerra civil. Por otro lado, en estos escritos los aspectos ‘novedosos’ que presentaba Nájera (era la primera vez que el ejército inglés pasaba al otro lado de los Pirineos, la mayor parte de los soldados del Príncipe nunca se había enfrentado a la caballería ligera ibérica, la presencia en el ejército enemigo de combatientes musulmanes constituía un choque para la mentalidad de los británicos,...), si bien fueron registrados, aparentemente no fueron bien comprendidos. En el polo opuesto encontramos textos que insertan la batalla dentro de un panorama extremadamente complejo, en el que se entremezclan las rebeliones nobiliarias castellanas, la guerra Castilla-Aragón, los enfrentamientos de Pedro I de Castilla con el papado, las relaciones con Granada y el apoyo francés a Enrique de Trastámara<sup>7</sup>. En el seno de esta maraña de

<sup>4</sup> En este sentido, véase la obra colectiva L.J. Andrew Villalon & Donald J. Kagay, *The Hundred Years War: A Wider Focus*, Leiden-Boston, Brill, 2005, y en especial L.J. Andrew Villalon, “Spanish involvement in the Hundred Years War and the Battle of Nájera”, pp. 3-73. En este trabajo el autor señala que Nájera es, de las grandes batallas del siglo XIV, probablemente la menos estudiada.

<sup>5</sup> Encontramos dos ejemplos recientes dentro de la historiografía castellana en Tomás Lerena Guinea, “La batalla de Nájera (1367)”, en Blas Casado Quintanilla y José Ignacio Duarte (coord.), *La guerra en la Edad Media: XVII Semana de Estudios Medievales de Nájera*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2007, pp. 345-378 y Antonio Bovio Aguilar, “La ‘batalla de Nájera’: combate de caballeros”, *Revista de Historia Militar*, vol. 93, (2003), pp. 61-88. Véanse también Fernando Castillo Cáceres, “Análisis de una batalla: Nájera (1367)”, *Cuadernos de Historia de España*, Buenos Aires, vol. 73 (1991), pp. 105-146 y Luis Vicente Díaz Martín, *Pedro I (1350-1369)*, Palencia, Diputación Provincial de Palencia, 1996, pp. 296-313.

<sup>6</sup> Las fuentes no narrativas son escasas y tan solo aportan datos dispersos.

<sup>7</sup> A manera de ejemplo, la crónica de Pedro IV de Aragón, monarca indirectamente implicado en el conflicto, refiere brevemente la batalla de Nájera poniéndola en relación con el compromiso matrimonial entre Leonor, hija del rey aragonés, y el hijo primogénito de Enrique de Trastámara, futuro Juan I. Véase *Crónica del rey d’Aragó En Pere IV lo Ceremoniós o del Punyalet*, Barcelona, Imprenta La Renaixença, 1885, Libro VI, capítulo 11.

intrigas, intereses políticos y contiendas, Nájera aparece como el sorprendente y aislado momento en que un príncipe inglés cruzó los Pirineos liderando un enorme ejército para dar una lección de caballería. La conexión de estos dos conjuntos de escritos se encuentra en el hecho mismo, la batalla, un evento relatado de distinto modo dependiendo del origen de los autores.

El hecho de que Nájera fuese observada y registrada desde diferentes focos conlleva el que hoy pueda ser analizada compatibilizando diversos ángulos. Sin embargo, son raros los estudios que ensayan un análisis de este tipo<sup>8</sup>. Ello se debe a que para llevarlo a cabo se hace necesario separar, dentro de los escritos, el testimonio de la narración; tarea que de entrada no resulta fácil. En el trayecto que va de la captación de la realidad a la construcción de un relato se acumulan varios procesos (una selección de datos, una ordenación de la información, una verbalización,...) que modifican necesariamente esa realidad que se pretende relatar. Tras esto, cuando esos testimonios orales o escritos toman una forma concreta (de carta, de diario, de poema,...) se ven condicionados por determinadas cuestiones de índole narrativa; y también por otras relacionadas con la autoría del texto, su destino o sus objetivos. En el caso de los textos de naturaleza historiográfica se ha de sumar a todo ello el hecho de que se trata de escritos destinados a registrar un pasado en un presente concreto y con una clara vocación futura; esto es, de narraciones que pretenden aportar una única versión de los hechos, teóricamente objetiva, que perdure y acabe por consolidarse. En suma, para llegar a los hechos el historiador ha de seguir un proceso inverso a aquel que los convirtió en narración, separando primero el discurso del relato, y después la narrativa de los contenidos. Ése es el modo de aislar el testimonio, que no va a ser nunca imparcial ni se pretende que lo sea, pues lo que interesa es que aporte una perspectiva y permite, cotejándolo con otros, reconstruir un evento.

Además de esta pluralidad de testimonios, la batalla de Nájera presenta otra peculiaridad que conduce a su estudio. Si se piensa detenidamente, Nájera fue un momento crucial, que dejó una profunda huella en las mentes de los que participaron en la contienda, y que además se inscribe perfectamente en un universo mental en el que las élites de la sociedad celebraban por encima de todas las cosas los grandes espectáculos caballerescos. Para unos hombres que dedicaban su vida a las armas, que celebraban torneos para ganar prestigio como luchadores, que perseguían la fama y que a través de

<sup>8</sup> Un claro ejemplo de cómo pueden manejarse simultáneamente todas las fuentes lo encontramos en el trabajo de Russell sobre la política inglesa en la Península Ibérica en el siglo XIV: Peter E. Russell, *A Intervenção Inglesa na Península Ibérica durante a Guerra dos Cem Anos*, Lisboa, Imprensa Nacional Casa da Moeda, 2000 (1ª ed.: *The English Intervention in Spain and Portugal in the time of Edward III and Richard II*, Oxford, Clarendon Press, 1955) (en lo referente a Nájera véanse pp. 109-133). El enfoque de Russell, a diferencia del de otros historiadores británicos, no consiste tanto en situar la Península Ibérica dentro del contexto de la Guerra de los Cien Años como en situar a los ingleses del período dentro de la Península. Con todo, por diferentes motivos cobran mayor peso en el escrito las fuentes de procedencia británica.

ella conquistaban títulos, notoriedad y riquezas, una batalla de estas dimensiones era el máximo evento en el que podían aspirar a participar. La batalla era, simultáneamente, el momento simbólico en el que se sometía a juicio divino aquello que enfrentaba a las dos partes, resultando el vencedor favorecido por la justicia suprema. Teniendo todo esto en cuenta, cabe preguntarse no ya cómo se llegaba a la batalla o cómo se desarrollaba la contienda, sino qué ocurría tras ella. En este punto llama la atención el hecho de que, fuera de la espectacularidad de la jornada del 3 de abril, de su impacto en la memoria de los que en ella participaron y de las consecuencias inmediatamente posteriores (las muertes de combatientes, la captura de prisioneros, los rescates, las recompensas, la propaganda, ...), la batalla de Nájera no tuvo ninguna secuela a largo plazo. El Príncipe de Gales, hambriento de luchas que consagrasen su imagen de leyenda viva de la caballería, se había embarcado en una empresa moral – devolver el trono a un rey destronado – sobre la que albergaba serias dudas; la llevó adelante, venció, y tras ello tuvo que ver cómo sus tropas salían de la Península empobrecidas y enfermas. Los territorios y las pagas que el rey don Pedro le había prometido nunca le fueron dados. Pasados apenas unos meses de la contienda Enrique de Trastámara ya se había recuperado y regresaba a Castilla dispuesto a arrebatar de nuevo el trono a don Pedro. Antes de que pasasen dos años el otrora usurpador asesinó al rey legítimo y dio origen a una nueva dinastía. El día en que en tierras castellanas se enfrentaron el Príncipe Negro y Bertrand du Guesclin quedó pronto enterrado para siempre entre las páginas de la Historia. En suma, la batalla de Nájera, uno de los mayores enfrentamientos militares del siglo XIV, apenas tuvo implicaciones a corto plazo y no significó prácticamente nada a largo plazo. Ello invita a reflexionar sobre el sentido de las batallas en la baja Edad Media; pero, sobre todo, encamina a indagar en las reflexiones coetáneas que surgieron a partir de esta batalla.

Los textos que permiten tanto estudiar Nájera como saber cómo se interpretó en su momento son los relatos de la batalla redactados entre los años 1367 y 1400 aproximadamente; esto es, desde que la contienda finalizó hasta que dejaron de registrarse los testimonios de sus testigos. El primero de ellos es una carta que el Príncipe de Gales escribió a su esposa el 5 de abril de 1367, es decir, dos días después de la victoria, narrándole lo ocurrido<sup>9</sup>. La carta del Príncipe no sólo ofrece información de primera mano, sino que lo hace desde la óptica del principal protagonista de la contienda. Con todo, ha de ser estudiada teniendo en cuenta que el hecho de que fuese redactada en

---

<sup>9</sup> Enviada a Burdeos y de allí remitida a Inglaterra, a donde llegaría el 30 de abril, cuando el arzobispo de Canterbury, Simón Langham, dio orden de celebrar la victoria. Estudios detallados en A.E. Prince, "A Letter from de Black Prince describing the Battle of Nájera in 1367", *The English Historical Review*, vol. 41, nº 163 (1926), pp. 415-418, y Eugène Déprez, "La bataille de Nájera: le communiqué du Prince Noir", *Revue Historique* cxxxvi (1921), pp. 37-52.

los momentos inmediatamente posteriores al enfrentamiento funciona en un doble sentido: es un registro extremadamente cercano a los hechos, y por ello muy fiable, pero también carente de perspectiva. Dicho con otras palabras, se trata de una fuente esencial para estudiar el enfrentamiento y de un testimonio único; y, paralelamente, se trata de un relato que no sirve para analizar ni el impacto de la victoria ni la imagen que dejó en sus coetáneos. El motivo por el que subrayamos este aspecto guarda directa relación con el objetivo del presente estudio: esta carta fue escrita para contar lo que había sucedido pero no para que ese relato se reprodujese en los años venideros. En rigor, aunque contiene un discurso epistolar, ha de ser considerada una fuente documental y no narrativa. La diferencia entre unas y otras viene dada en este caso no tanto por su naturaleza como por sus fines. Los relatos que aquí nos interesan son aquellos que hablan de Nájera tratando de construir una memoria de la batalla.

Dentro de estos relatos se incluyen tres poemas destinados a ensalzar las figuras de sus protagonistas y redactados por personajes totalmente sumidos en la tarea de glorificar las hazañas de la caballería. El más importante de todos es un texto en verso escrito en francés, atribuido al heraldo de armas de Sir John Chandos y dedicado a narrar los principales acontecimientos de la vida del Príncipe de Gales<sup>10</sup>. La mayor y más relevante parte del relato se ocupa de la batalla de Nájera, presentada como la culminación de la llamada ‘campaña española’. El anónimo heraldo sin duda estuvo presente en el enfrentamiento y, dada su profesión, pudo reconocer y anotar todos los datos pertinentes a la hora de registrar el evento. De este modo transcribe la arenga del Príncipe de Gales a los soldados antes de que comenzase la contienda<sup>11</sup>:

Los ingleses han desmontado, inflamados por el deseo de ganar y alcanzar el honor; y el Príncipe les dijo ese día: “Señores, no hay otro final. Sabéis bien que estamos cerca de ser alcanzados por el hambre, a falta de vituallas, y veis que nuestros enemigos tienen muchas provisiones, pan y vino, pescado salado y fresco, así de agua dulce como de mar; pero debemos conquistarlos a golpe de lanza y espada. Ahora dejad que actuemos en este día de tal modo que podamos partir con honor”. Entonces el valiente Príncipe entrelazó sus manos hacia el cielo y dijo: “Verdadero, Soberano

---

<sup>10</sup> El texto de Chandos, así como la carta anteriormente citada, en Richard Barber, *The Life and Campaigns of the Black Prince: From Contemporary Letters, Diaries and Chronicles, Including Chandos Herald's Life of the Black Prince*, Nueva York, Boydell & Brewer, 1997 (1ª ed. Londres, Folio Society, 1979). Sobre el texto y su autor véanse Mildred K. Pope y Eleanor C. Lodge, *Life of the Black Prince by the Herald of Sir John Chandos (edited from the manuscript in Worcester College with linguistic and historical notes)*, Oxford, Clarendon Press, 1910 y Antonia Gransden, *Historical Writing in England*, Londres, Routledge, 1996 (1ª ed. 1974), pp. 97-100.

<sup>11</sup> Hemos tratado de traducir al castellano algunos fragmentos del poema a partir de la versión inglesa de Mildred K. Pope. La traducción no es literal, en parte por no haber sido realizada tomando como base el texto original, y en parte debido a la abundancia de arcaísmos y de expresiones propias del lenguaje poético en el escrito. Aún así, hemos tratado de mantener la confusa fusión de diferentes tiempos verbales presentes en el poema, que, como puede verse, pasa constantemente de hablar en pasado a hacerlo en presente, probablemente con la intención de transportar al oyente al campo de batalla.

Padre, que nos habéis hecho y creado, tan verdaderamente como Vos sabéis que no he venido aquí salvo por mantener el derecho, y por el valor y la nobleza que me impulsan y me incitan para ganar una vida de honor, os suplico que Vos en este día nos protejáis a mí y a mis hombres”. Y cuando el Príncipe, admirable de ver, hubo acabado su plegaria a Dios, entonces dijo: “¡Que avance la bandera! ¡Dios apoye nuestra causa!”. Y el Príncipe inmediatamente tomó al Rey Don Pedro de la mano y le dijo: “Señor rey, hoy sabréis si alguna vez recuperaréis Castilla. Tened firme fe en Dios”. Así habló el Príncipe de valiente corazón.

El texto del Heraldo es extenso y detallado, pues se cree que llevaba algo similar a un diario y que tras la batalla recogió los testimonios de muchos de sus participantes, lo que le permitió narrar el conflicto prácticamente a tiempo real:

¿Qué querriais que os contase? No había entre los hombres del Príncipe uno, aun de los pequeños, que no fuese tan valiente y tan feroz como un león; uno que no pueda compararse con Oliver y Roland. Los españoles abandonaron la lucha, todos se retiraron. Herido, desolado y colérico se sintió el Bastardo cuando los vio; pero les convenía escapar, o habrían sido todos atrapados y asesinados. Podéis ver morir peones a punta y espada. El Bastardo huye valle abajo. Aunque franceses, bretones y normandos se mantienen en sus puestos, su orgullo duró poco, pues fueron rápidamente empujados; y sabed que el clamor se alzó fuertemente en muchos lugares: “¡Guyena! ¡San Jorge!”. (...) El campo de batalla estaba sobre un llano claro y sublime, sin arbusto ni árbol a distancia de una legua, atravesado por un estrecho río muy rápido y feroz, que causó a los castellanos mucho daño en ese día, pues la persecución llegó hasta ese río. Más de dos mil fueron ahogados allí. Delante de Nájera, sobre el puente, os aseguro que la persecución se hizo cruel y feroz. Allí podíais ver a caballeros saltando al agua empujados por el miedo, muriendo unos sobre otros; y se decía que el río se tiñó de rojo con la sangre que fluyó de los cuerpos de muertos y caballos. (...) Mis señores, el tiempo del que os hablo fue un sábado, tres días del mes de abril, cuando los dulces y gentiles pájaros comienzan a renovar sus canciones en prados, bosques y campos. Fue en aquel tiempo cuando, con seguridad, aconteció la gran batalla frente a Nájera, tal y como habéis oído.

Similar al de Chandos en lo que a Nájera se refiere, aunque de menor valor literario, es el texto del monje Walter de Peterborough, en el que se contiene una detallada información tanto de los precedentes de la batalla como del combate en sí, lo que lleva a pensar que probablemente su autor también estuvo presente en el enfrentamiento<sup>12</sup>. En el lado opuesto del conflicto se coloca el poema de otro testigo, llamado Jean Cuvelier, sobre

<sup>12</sup> Walter de Peterborough, monje de Revesby (Lincolnshire), escribió tanto para el Príncipe de Gales como para Juan de Gante, de quien probablemente fue también confesor. Sobre este autor véase A.G. Rigg, *A History of Anglo-Latin Literature 1066-1422*, Cambridge University Press, 1992, pp. 276 y 277. Los dos poemas citados, el del Heraldo Chandos y el de Walter de Peterborough, son las dos fuentes británicas más importantes sobre la batalla, y en ellas se basan tanto Russell como Anthony Goodman y Angus Mackay, (“Logroño y la batalla de Nájera en la guerra civil castellana”, en *Historia de la ciudad de Logroño*, Vol. 2, Logroño, Ayuntamiento de Logroño, 1994, pp. 379-389).

el otro gran protagonista de la contienda, Bertrand du Guesclin; escrito que circulaba hacia 1387, y que se considera que formaba parte de una estrategia sociopolítica puesta en marcha por el rey Carlos V de Francia con el objetivo de convertir en un héroe a su protagonista, quien había fallecido en 1380<sup>13</sup>. Tanto Cuvelier como Chandos y Peterborough eligieron conscientemente la poesía como manera de preservar la memoria de los principales actores de sus relatos. Narraron Nájera en verso como quien quiere no contar lo que hicieron sus personajes sino cantar sus glorias. Nos encontramos, por tanto, ante una mitificación de los seres y de los hechos destinada a convertir en héroes inmortales a unos iconos ya fallecidos; y en consecuencia ante un proceso que ha de colocarse en relación con el contexto mental al que pertenece.

La utilización de la poesía como manera de registrar la Historia normalmente se considera un fenómeno propio de épocas más tempranas de la Edad Media. El hecho de que se den estos casos en el siglo XIV se interpreta atendiendo a la manera en que se entendían o, mejor dicho, se querían entender y, sobre todo, adecuar, los acontecimientos del período dentro del universo mental de la aristocracia europea del momento<sup>14</sup>. En el pequeño mundo formado por una élite que buscaba reconocerse antes en los ideales que en la realidad, ésta era automáticamente transformada en ideal. La poesía funcionaría, por tanto, no como una visión de la realidad sino como una negación de la misma, válida para transmitir los principios caballerescos y, sobre todo, adecuada para aislarlos<sup>15</sup>. De acuerdo con ello, se deduce que Nájera fue no tanto registrada como idealizada. En las cortes reales y nobiliarias de Francia e Inglaterra se impulsó, pasados algunos años del conflicto y habiendo desaparecido sus protagonistas, la redacción de poemas cuya función era convertir un suceso ya pretérito en un momento legendario.

Simultáneamente, en los mismos reinos y en contextos similares, se estaban redactando otros escritos historiográficos que, por medio de una prosa que pretendía ser más parca y con ello más veraz, daban forma a largos textos cronísticos. Henry Knighton, canónigo de la abadía de Santa María de Leicester, escribía entre 1378 y 1396 una crónica destinada a recoger los principales sucesos que tuvieron lugar en Inglaterra, o en relación con la corona inglesa, en el período 1337-1396. En el escrito debían sobresalir forzosamente las figuras de los dos primeros duques de Lancáster, Enrique de Grosmont (1310-1361) y su yerno Juan de Gante (1340-1399), protectores de la abadía a la que pertenecía el cronista. La narración de la batalla de

<sup>13</sup> Jean Claude Faucon, *La Chanson de Bertrand du Guesclin*, Toulouse, Éditions Universitaires du Sud, 1990. Sobre Bertrand du Guesclin véanse Richard Vernier, *The Flower of Chivalry: Bertrand du Guesclin and the Hundred Years War*, Woodbridge, D. S. Brewer, 2003 y Michael Jones (ed.), *Letters, Orders and Musters of Bertrand du Guesclin, 1357-1380*, Woodbridge, Boydell Press, 2004.

<sup>14</sup> El único ejemplo de este tipo en el reino de Castilla en el siglo XIV es el *Poema de Alfonso XI* de Rodrigo Yáñez, considerado parte de un programa de ensalzamiento de la figura monárquica.

<sup>15</sup> Daniel Poirion, *Le poète et le prince*, Grenoble, 1965, p. 23; citado por Robert Levine, 'Myth and Anti-Myth in Cuvelier's *La Vie Vaillante de Bertrand Du Guesclin*', *Viator* XVI (1985), pp. 259-275.

Nájera dentro de este texto es muy breve, pero llama la atención el hecho de que el cronista dedica a la contienda las siguientes palabras: *Istud erat maximum bellum quod in diebus nostris actum est* (“Esta fue la mayor batalla que ha tenido lugar en nuestros días”)<sup>16</sup>. Una afirmación de este tipo, emitida cuando mucho tres décadas después de la batalla y colocada dentro de un escrito que narra un período tan rico en acontecimientos bélicos no puede ser pasada por alto, pues da una clara idea de la importancia que se dio en su momento al enfrentamiento. Sin embargo, nos interesa más destacar el hecho de que el autor introduce aquí una valoración del evento; esto es, escribe alejándose de los hechos para evaluarlos, y con ello se sitúa conscientemente en un momento posterior, convirtiendo el pasado en Historia, pero sin pretender mitificarlo.

Llegados a este punto, pasaremos a centrarnos en las principales crónicas de la segunda mitad del siglo XIV que relatan la batalla de Nájera, escritas por Jean o Juan de Froissart y Pedro López de Ayala<sup>17</sup>. En el primer caso nos encontramos ante un cronista que no estuvo presente en el enfrentamiento pero pudo recoger varios testimonios de otros que sí lo estuvieron. En el segundo la complejidad es mayor, pues se trata de un testigo presencial y actor de la trama, que luchaba al lado de Enrique de Trastámara, fue hecho prisionero tras la batalla y redactó sus crónicas años más tarde con el claro propósito de asentar las bases de una dinastía de la que era ideólogo. La comparación de los escritos permite observar la batalla desde ambos bandos, cotejar testimonios y reconstruir prácticamente paso a paso la contienda. El estudio simultáneo, y también comparado, de sus autores revela una serie de paralelismos que ayudan a comprender en qué consistía ser cronista en la Europa bajomedieval, cómo trabajaban estos personajes y bajo qué presupuestos lo hacían<sup>18</sup>. Ello se constata ya en los prólogos de sus obras, auténticas

<sup>16</sup> Sintetizamos y traducimos el fragmento dedicado a la batalla en la crónica:

En el mismo año el príncipe de Gales y su hermano Juan de Gante, ahora duque de Lancáster, entraron en Hispania a pedido de *Enrique* rey de Hispania, contra *Pedro* su hermano bastardo. Pues este bastardo, por poder y consejo y apoyo del papa, se hizo coronar rey, y expulsó a su hermano del reino, entrando él. Juan, duque de Lancáster, encabezó la expedición con su ejército, y el Príncipe le siguió con el suyo. [...] Y el 20 de abril vino el bastardo con su ejército, que no era grande ni bien ordenado, a un campo cerca de Nájera en el reino de Castilla. Y se lanzaron al mismo tiempo a pelear fieramente. Y la victoria fue para el Príncipe de Gales y sus hombres. [...] El propio bastardo y uno de sus hermanos huyeron, y el resto fueron asesinados o capturados.

Como puede verse, la narración de la batalla además de breve es inexacta, pues el autor confunde los nombres de Pedro y Enrique. Con todo, este texto suele citarse en la mayor parte de los estudios porque indica que tras la batalla las tropas inglesas contrajeron en Castilla diversas enfermedades de tipo infeccioso – entre ellas disentería –, una de las cuales pudo causar la muerte años más tarde del Príncipe de Gales. El escrito original, en latín, así como su traducción al inglés, han sido publicados por G.H. Martin (ed.), *Knighon's Chronicle 1337-1396*, Oxford, Claredon Press, 1995, p. 194.

<sup>17</sup> Dadas las limitadas dimensiones de este estudio, dejaremos de lado en el presente trabajo otros escritos crónísticos, de menor importancia para el caso que nos ocupa, que relatan la batalla.

<sup>18</sup> En el caso de Froissart utilizamos la edición de J.A. Buchon (París, 1824-6) y traducimos los fragmentos citados. Para Ayala consultamos Germán Orduna y José Luis Moure, *Crónica del Rey Don Pedro y del Rey Don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno*, vol. 1, Buenos Aires, SECRI, 1994, y *Crónica del Rey Don Pedro y del Rey Don Enrique, su hermano, hijos del rey don Alfonso Onceno*, vol. 2, Buenos Aires, SECRI, 1997.



declaraciones de intenciones y breves muestras de sus respectivas concepciones de la Historia. Froissart decía escribir “a fin de que las memorables empresas y nobles aventuras y hechos de armas, los cuales son avenidos por las guerras de Francia y de Inglaterra, sean notablemente registrados y puestos en memoria perpetua, por que los valerosos hayan ejemplo que les dé coraje para hacer el bien”. Ayala, por su parte, afirmaba que “La memoria de los omnes es muy flaca, e non se puede acordar de todas las cosas *que* en el tiempo passado acaescieron, por lo qual los sabios antiguos fallaron ciertas letras, e arte de escriuir por *que* las sciencias e grandes fechos *que* acaescieron en el mundo fuessen escritos, e guardados para los omnes los saber, e tomar dende buenos exemplos para fazer bien e se guardar de mal, e fincasse en remembrança perdurable”. En ambos casos la Historia es presentada como ejemplo para las nuevas generaciones y las venideras, pero conviene notar que el francés se proponía relatar los grandes hechos de armas de la Guerra de los Cien Años, y en este sentido incluyó Nájera como un episodio del conflicto, mientras el castellano pretendía dar continuación a la tarea de registro de la historia del reino de Castilla allí donde se había interrumpido, esto es, en los últimos años de gobierno de Alfonso XI (1325-1350).

En lo que se refiere a los testimonios de la batalla que recogen las crónicas, Froissart se basa fundamentalmente en el relato del Heraldo Chandos, que incluso llega a parafrasear en algunas ocasiones, pero también incluye detalles ausentes en el poema, que sin duda conoció a través de sus entrevistas con personajes que habían participado en la contienda<sup>19</sup>. Como él mismo afirma en el ya citado prólogo, se entrevistó con “nobles, reyes, duques, condes, barones y caballeros” de varias naciones: “allá donde fui pregunté por los viejos caballeros y escuderos que habían participado en hechos de armas, y podían hablar con autoridad sobre ellos, y también hablé con heraldos para que me verificasen lo que se me había contado. De este modo reuní hechos nobles para mi historia, y tanto como viva continuaré, con la gracia de Dios, haciéndolo, pues cuanto más trabajo en ello más placer tengo, y creo que el gentil caballero que ama las armas se nutrirá con este noble alimento, y se realizará aún más”. Su actitud se asemeja así a la de una suerte de periodista o reportero del siglo XIV que actúa prácticamente como un corresponsal de guerra, tratando de estar presente en los acontecimientos más destacados y, cuando eso no es posible, de obtener a través de otros la máxima información disponible. Paralelamente, su postura es la del entusiasta que, consciente de estar viviendo una época única, pretende narrarla poniéndola en conexión constante con los valores que la sustentan. Profundamente

---

<sup>19</sup> Froissart escribió, entre 1369 y 1410, varias versiones de sus crónicas. En las primeras probablemente tomó como base testimonios orales, o incluso escritos, del Heraldo Chandos, pero en la última es evidente que tenía frente a sí el poema mientras escribía.

sumergido en la mentalidad caballeresca de las cortes trecentistas, el cronista relata lo que ve, o lo que le cuentan, con las ideas y el lenguaje propios de ese contexto:

Cuando el rey Enrique se dio cuenta de que su ejército estaba totalmente derrotado y sin esperanzas de recuperación, pidió su caballo, lo montó y galopó entre la muchedumbre de fugitivos; pero procuró no dirigirse a Nájera ni al río, para no ser rodeado; y siguió otro camino, evitando cada peligro; con lo que actuó sabiamente, siendo como era consciente de que, si fuese apresado, le matarían sin piedad. Los ingleses y gascones montaron sus caballos y fueron en persecución de los españoles, que huían desesperados, hasta Nájera. Hubo gran matanza y sangre a la entrada del puente, muchos murieron asesinados y ahogados; ya que en gran número saltaron al río, que era tan rápido como profundo, prefiriendo morir ahogados a asesinados. (...) La derrota fue total y terrible, sobre todo sobre el río, donde tantos fueron asesinados. Algunos dicen, y así lo he escuchado de aquellos que allí estuvieron, que el río se tiñó con la sangre de los hombres y caballos que allí murieron. Esta batalla se luchó entre Nájera y Navarrete, en España, el sábado tercer día de abril, en el año de Nuestro Señor de 1367.

Mientras Froissart nos habla directamente, tratando de hacer que el oyente se involucre en la acción que a su vez él mismo ha oído de boca de otros, Pedro López de Ayala se aleja conscientemente de los acontecimientos que ha vivido, de sus recuerdos y de su propia existencia, creando en sus escritos un sistema de máscaras tras el que se ocultan el testigo ocular y el actor de la trama. En sus crónicas toma la voz un personaje que lee en voz alta un escrito mientras otras personas escuchan<sup>20</sup>. El texto que esa voz está leyendo es una crónica narrada por un segundo ente, un narrador heterodiegético – que no pertenece a la historia ni participa en ella – y omnisciente. En esa historia a veces aparece un personaje llamado Pedro López de Ayala, que en ningún momento se identifica ni con el lector-orador, ni con el narrador, ni con el autor<sup>21</sup>. De este modo, Ayala acaba siendo personaje, testigo y cronista independientemente. El cronista señala desde el primer momento su intención de narrar “lo mas verdaderamente que pudiere de lo que vi, en lo qual non entiendo si non dezir verdad; otrosí de lo que acaesce en mi edad e en mi tiempo en algunas partidas donde yo non he estado, e lo sopiere por verdadera relación de señores e caualleros e otros dignos de fe, de quien lo oy, e me dieron dende testimonio, tomándolo con la mayor diligencia que pude”. Así manifiesta que va a registrar tanto su propio testimonio como los de otros; con

---

<sup>20</sup> El prólogo es el único fragmento en el que Ayala habla en primera persona y se identifica.

<sup>21</sup> En el caso de Ayala también debieron existir varias versiones de las crónicas, de difícil datación pero en todo caso situadas entre 1369 y 1407, de las que conservamos dos. En la considerada más antigua, que es más breve, aparece en más ocasiones el nombre de Pedro López de Ayala, de donde se deduce que el autor eliminó conscientemente en varias ocasiones su participación en la historia.

lo que a lo largo del relato resulta difícil saber cuándo está hablando de lo que él mismo vio o refiriendo lo que le contaron:

E quando el rrey don Enrique llegó do era la priesa de la batalla e vio que los suyos non peleauan, ouo de boluer, ca non pudo sofrir los henemigos que eran ya muy esforzados. E assí fizieron los de cauallo que con él eran: e partieron todos del campo, e los ingleses e gascones e bretones los siguieron fasta la villa de Najara. E los de cauallo de la partida del rrey don Enrique, desque boluieron las espaldas, non pudían salir de la villa con la priessa, ca por allí era el camino que ellos tomauan para fuyr de los henemigos, e allí fueron muchos muertos e presos.

Aunque, en realidad, los problemas que se plantean al trabajar con los textos de Ayala no se basan tanto en cuáles son las fuentes de información utilizadas por el cronista o hasta qué punto el autor es veraz, sino en el hecho de que a lo largo de los escritos acaba por cobrar tanta importancia lo que el autor cuenta en ellos como lo que en su día decidió callar. A manera de ejemplo, y en directa relación con el tema que nos ocupa, puede citarse el fragmento en el que Lope García de Salazar, que escribió un siglo después de la batalla basándose, probablemente, en un manuscrito hoy perdido, introduce el diálogo entre el rey don Pedro y Pedro López de Ayala tras la batalla, cuando el segundo había sido hecho prisionero<sup>22</sup>:

Estando allí, vio el rey don Pero a Pero López de Ayala, que lo tenía un cavallero inglés preso, e llamólo aparte e díxole estas palabras:

– Pero López, ¿por qué te fueste de Ágreda, donde yo te dexé por frontero?

E respondióle:

– Señor, porque me dixieron que me mandávades matar e fui por miedo de la muerte.

– Ver[d]ad te dixieron, porque te avían mezclado co[n]migo, pero después sope que no me avían dicho verdad; pero dígotte que, no enbargante que me veo agora vencedor, que ploguiera al Nuestro Señor Dios que antes moriera yo de mala muerte e todos quantos criados e vasallos co[n]migo eran en esta batalla que no que estas gentes mezquinas que co[n]migo venieron vençieran al poder de la Corona Real de Castilla en el campo, como los han vençidos e muertos e presos, por donde somos desonrados todos por sienpre.

E tan grande era el corazón d'este rey don Pero que sobre todas cosas codiçiaua la onor de sus naturales e reinos.

Se constata que Pedro López de Ayala seleccionó, dentro de toda la información disponible, los datos que necesitaba para construir una versión de los hechos, silenciando aquellos que no cuadraban con ella. En lo que se refiere a la batalla de Nájera, esa versión difiere de las que ofrecen las fuentes

<sup>22</sup> Citamos la edición electrónica del texto publicada por Ana María Martín Sánchez, '*Bienandanzas e Fortunas*' de *Lope García de Salazar*, disponible en: <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Textos/bienandanzas/Menu.htm>.

británicas básicamente en lo concerniente a su perspectiva. Los principales contenidos son comunes en los textos de Froissart y Ayala: las cartas que intercambiaron antes de la contienda Enrique de Trastámara y el Príncipe de Gales, el enfrentamiento, la posterior huida de los vencidos y la captura de prisioneros,...<sup>23</sup>. Cada cronista los narra de diferente modo y las crónicas no siempre coinciden en los datos, pero se pueden cotejar poniendo lado a lado los dos escritos. Tómense, a manera de ejemplo, los fragmentos citados de los textos del Heraldo Chandos, Froissart y Ayala sobre el final de la batalla y la huída de las tropas de don Enrique hacia el río:

HERALDO CHANDOS	FROSSART	AYALA
<p>El campo de batalla estaba sobre un llano claro y sublime, sin arbusito ni árbol a distancia de una legua, atravesado por un estrecho río muy rápido y feroz, que causó a los castellanos mucho daño en ese día, pues la persecución llegó hasta ese río. Más de dos mil fueron ahogados allí. Delante de Nájera, sobre el puente, os aseguro que la persecución se hizo cruel y feroz. Allí podíais ver a caballeros saltando al agua empujados por el miedo, muriendo unos sobre otros; y se decía que el río se tiñó de rojo con la sangre que fluyó de los cuerpos de muertos y caballos.</p>	<p>Los ingleses y gascones montaron sus caballos y fueron en persecución de los españoles, que huían desesperados, hasta Nájera. Hubo gran matanza y sangre a la entrada del puente, muchos murieron asesinados y ahogados; ya que en gran número saltaron al río, que era tan rápido como profundo, prefiriendo morir ahogados a asesinados. (...) La derrota fue total y terrible, sobre todo sobre el río, donde tantos fueron asesinados. Algunos dicen, y así lo he escuchado de aquellos que allí estuvieron, que el río se tiñó con la sangre de los hombres y caballos que allí murieron.</p>	<p>E assí fizieron los de cauallo que con él eran: e partieron todos del campo, en los ingleses e gascones e bretones los siguieron fasta la villa de Najara. E los de cauallo de la partida del rrey don Enrrique, desque boluieron las espaldas, non pudían salir de la villa con la priessa, ca por allí era el camino que ellos tomauan para fuyr de los henemigos, e allí fueron muchos muertos e presos.</p>

<sup>23</sup> Sobre las cartas véase Peter E. Russell, *A Intervenção Inglesa...*, p. 121, nota 28.

Los testimonios cuentan, *grosso modo*, lo mismo; y cuando no lo hacen aportan datos dispares que se pueden contrastar. Se trataría, por tanto, de aislarlos a lo largo de los relatos y después compararlos; lo que constituye un trabajo laborioso pero no excesivamente complejo. Sin embargo, al hacerlo se revela, como ya se indicó, que lo que hace difícil trabajar simultáneamente con los textos es el hecho de que los respectivos discursos en los que se insertan estos testimonios son completamente diferentes.

Los especialistas señalan que en los escritos de Froissart las causas y efectos de las acciones no importan tanto como la verdad moral que subyace tras los acontecimientos<sup>24</sup>; afirmación que también podría aplicarse a Ayala, pero con puntualizaciones. Aunque los dos autores escribían simultáneamente y en un contexto cultural similar, cada uno lo hacía desde un lugar diferente<sup>25</sup>. Jean de Froissart, a pesar de ser de origen francés, narra Nájera desde el lado inglés; lo que viene a ser como decir que narra la gran empresa ibérica del Príncipe de Gales, Juan de Gante y John de Chandos, entre otros. Teniendo a mano testimonios directos y habiendo redactado con ellos un relato de la batalla, escoge después modificarlo siguiendo de cerca el poema del Herald; es decir, revistiendo el evento en su escrito del halo legendario con que se pretendía que fuese recordado. Sin alejarse de la ‘verdad’, la adorna para subrayar esa ‘moral’ que persigue encontrar tras los hechos; lo que no deja de ser buscar el ‘ideal’ tras lo real, idealizándolo. A través de una prosa clara y directa construye un mundo en el que cree, y después introduce en él a los actores y los sucesos. Para Froissart la Guerra de los Cien Años es un escenario – y simultáneamente un contexto mental – en el que él mismo está inserto, que comparte con grandes personajes y en el que se desarrollan acciones que se siente impelido a relatar desde el prisma de la mentalidad que, desde su punto de vista, las impulsa.

Ayala, mientras tanto, veía Nájera como un gran espectáculo propio de tierras lejanas y excepcionalmente representado en suelo ibérico. Pudo observarlo, participar en él, comprenderlo y narrarlo, extrayendo de la experiencia lecciones militares y caballerescas. Pero tenía que insertarlo en un discurso complejo, de carácter oficial y de gran contenido político. En este sentido, admitió una derrota tan contundente como inevitable, cuyo artífice no fue el rey don Pedro sino el Príncipe de Gales. Coincidiendo su versión con la de los historiadores franco-británicos, su escrito difiere de aquellos en un hecho esencial: la batalla de Nájera no es, ni puede ser, para Ayala un

---

<sup>24</sup> Véase Peter F. Ainsworth, *Jean Froissart and the Fabric of History. Truth, Myth, and Fiction in the Chronicles*, Oxford, Clarendon Press, 1990.

<sup>25</sup> Pedro López de Ayala viajó a Francia en numerosas ocasiones, leyó y tradujo prácticamente las mismas obras que leyó Froissart, escribió siguiendo unos criterios muy similares, compartía los ideales caballerescos que Froissart ensalzaba, ... Pero no dejaba por ello de ser castellano y de estar sumido en la realidad política de la Castilla de la segunda mitad del siglo XIV.

evento omitido, pero tampoco es un acontecimiento ‘propio’ de su historia. El cronista se sentía libre para admirar lo que contempló pero no podía aislarlo dentro de su relato. Mientras las tropas británicas atravesaban los Pirineos en Castilla se libraba una lucha a muerte entre dos hermanos y el futuro del reino dependía de quién venciese. Pedro López de Ayala, habiendo elegido el bando del Trastámara, sabía que la definitiva victoria de don Pedro habría supuesto su desgracia y, probablemente, su muerte. Cuando, años más tarde y asentados ya en el trono los ‘reyes nuevos’, se propuso llevar a cabo la difícil tarea de ‘entronque dinástico’ a través de la crónica se enfrentó al reto de redactar un escrito que explicase, y hasta cierto punto justificase, lo que llevó al asesinato del rey Pedro I y la llegada al trono de los Trastámara. La gran batalla de Nájera estaba en su historia y en su memoria, y probablemente también en las de muchos de los que en ella participaron directa o indirectamente; pero debía interpretarse como parte de una larga guerra que no finalizó con la victoria inglesa<sup>26</sup>.

Tenemos, en suma, una serie de escritos que narran la batalla desde diferentes puntos de vista, que recogen testimonios en mayor o menor medida similares, y que contemplan el acontecimiento como algo único y digno de ser recordado, pero también fugaz y sin consecuencias a largo plazo. A los historiadores cabe la tarea de estudiar Nájera como el suceso excepcional y también trascendental que eran las batallas medievales, ya decidan contemplarla como una empresa ibérica de las tropas británicas, ya como parte de la guerra civil castellana. Los diferentes puntos de vista seguirán estando presentes, aunque se tengan en cuenta los datos que ofrecen todas las fuentes, del mismo modo que lo estuvieron en su momento. Resta, con todo, decir que hay uno que falta porque no fue registrado; o, si en verdad lo fue, su testimonio se ha perdido. Nótese que conservamos los relatos de los hombres que acompañaron al Príncipe de Gales, a Enrique de Trastámara y a Bertrand du Guesclin; pero apenas restan ecos dispersos de la perspectiva de aquellos que apoyaban y acompañaban a Pedro I de Castilla, el artífice de que el ejército del Príncipe atravesase los Pirineos, el hombre al que más benefició la victoria y el personaje que más motivos tenía para celebrarla y registrarla<sup>27</sup>. Tal vez esa perspectiva sea la que nos falta para comprender de una manera global el significado y el sentido de la batalla de Nájera.

<sup>26</sup> Un eco de esta batalla y del relato de Ayala en el siglo XV en Isaac Vázquez Janeiro, “Excursus. La batalla de Nájera (1367) y la misión de la dinastía Trastámara en la interpretación alegórica de un franciscano anónimo”, en José Ignacio de la Iglesia Duarte (coord.), *Espiritualidad y Franciscanismo. VI Semana de Estudios Medievales de Nájera*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1996, pp. 56-64.

<sup>27</sup> Fragmentos probablemente extraídos de una perdida y polémica crónica favorable a don Pedro pueden encontrarse en escritos como el ya citado de Salazar, el atribuido al Despensero de la reina Leonor de Aragón, esposa de Juan I de Castilla, o la continuación anónima de la crónica latina de Rodrigo Jiménez de Rada. En estos escritos se señala, por ejemplo, en relación con la batalla de Nájera, que la mayor parte de los castellanos “no peleauan de coraçón contra el rey don Pedro, porque ya sabían que avía seído e era su rey e señor natural días avía, e que si algunos males e yerros avía fecho, que Dios gelos avía de demandar, que no castigárgelos ellos”.